

Un ramo para Isveth

*de silene nocturna, centaurea cyanus, scabiosa
stellata, bellardia trixago, veratrum album*

Miguel Cobaleda

(Ramo silvestre en cinco flores para novia y ceremonia.)

PERSONAJES

PAPAMUER

MAMAMUER

NIÑABÓ

MALOCA

GORDOPÁ

SOL-DA-DI-TO

ISVETH

ESCENA I: SILENE NOCTURNA

A la izquierda del espectador, lateralmente a éste y mirando hacia las cajas de la derecha, PAPAMUER y MAMAMUER, cada uno en su silla, esperan. Sobre sus rodillas, verticalmente, reposan sendos marcos de los que suelen ponerse en las fotos de los abuelos muertos que nos miran desde el salón. Cada marco tiene un cristal, de forma que sus rostros aparecen tras ellos aunque no estén, ni mucho menos, tan hieráticos como sería de esperar. Sujeta cada uno su marco con las dos manos, y están en una quietud más relajada que absoluta, más del descanso que de la muerte. Unos pasos delante del lugar de

MAMAMUER hay un candelabro con una vela muy alta, pero no muy gruesa, que no llega a ser cirio, y algo más lejos aún, pero poco, una imaginera simple, donde se puedan meter y sacar, fácil y rápidamente, las estampas de los santos a que era en vida tan aficionada la señora, de forma que los tenga ante sí, y pueda contemplarlos.

Del mismo modo, delante del lugar de PAPAMUER, hay un alto clavelero en donde colocar de tanto en tanto simples flores silvestres que alegren su mirada cansina, ya que fue la herboristería su principal afición, y quizá lo siga siendo.

A veces, las conversaciones y comentarios de PAPAMUER y MAMAMUER se mezclan tranquilamente con las de los otros personajes, interviniendo en la charla general, respondiendo o preguntando. A veces son privadas y permanecen tras los marcomuer, en cuyo caso el director de escena puede optar o bien por superponer las chillonas voces de los dos abuelos al tono normal de los otros, o bien mantener al resto de los personajes -interrumpida su conversación- inmóviles y silentes, mientras hablen los muer, para recuperar palabras y gestos cuando ellos finalicen. Viene a dar lo mismo, pues ambas cosas son bastante absurdas.

Al fondo de la escena hay un bulto de forma prismática: asiento, mesa, cama... Es alargado, paralelo al proscenio y, por su color neutro y su presencia discreta, debe pasarle al espectador casi desapercibido. En el proscenio, a la derecha del espectador, encontramos un raro alambique, de mucha apariencia y complicada función. Queda a la iniciativa del director la forma y construcción de este aparato, que tanto puede ser algún artilugio de antiguo laboratorio, como puzzle de chismes diversos, aunque siempre con la apariencia de instrumento para destilaciones o alquimias. Tendrá una función simbólica más que real por lo que deberá entenderse como una escultura más que como una máquina. Casi retirado del paso, debe tener presencia, pero no debe estorbar ni vista ni acción.

Cuando se levanta el telón PAPAMUER y MAMAMUER están silentes, quizá dormitan; el florero vacío, la vela apagada, hueca la santera.

Entra ISVETH, novia dulce, dulce novia, amor de los amores, con una bayeta en la mano. Los abuelos se «animan», cabe/su/la muerte.

Mientras transcurre la conversación, y al margen de otras acciones que se indiquen en su momento, ISVETH arregla la funda de la cama-sofá, limpia el polvo del alambique, saca brillo a los cristales de los marcos, pone la estampa en la santera... Pero lo primero de todo, nada más entrar, enciende el cirio, con cerillas que saca del bolsillo de su bata.

ISVETH.- Hoy me he retrasado un poco, pero Niñabó me viene persiguiendo por toda la casa. No me deja parar... Acabo de despistarla en la cocina...

PAPAMUER.- No te preocupes, hija, para la prisa que nosotros tenemos... Únicamente tu abuela, que...

MAMAMUER.- ¡Cállate, viejo muerto! ¿Qué sabes tú de cosas de mujeres?... Isveth, querida, ¿qué santo me traes hoy?

ISVETH.- Lunes, Mamamuer..., hoy es lunes, así que toca San Asgardo Bendito.

PAPAMUER.- Seguro que no ha existido...

MAMAMUER.- Patrón de las preñadas en mayo y abogado de fetos albinos. Pues mira, Isveth, es buen presagio, porque...

MALOCA.- (Entrando muy agitada.) ¿Has visto a Niñabó?... ¿Estás otra vez hablando con tus abuelos? ¿Cuántas veces te he dicho que es de mal gusto hablar con los muertos de los retratos? ¡Hola, Papamuer! Mamamuer, ¿cómo estás?

(Se acerca al alambique y trastea con él, bajo la aprensiva mirada de ISVETH, que parece temer que lo desmorone, como finalmente hará, cuando mejor convenga. La conversación no se detendrá por ello, sino que seguirá tranquilamente su curso, mientras ISVETH, dejando lo que haga en ese momento, vuelve a armar el chisme, y MALOCA se sienta alejada de allí...)

ISVETH.- En la cocina la he dejado, aunque me ha costado librarme de ella.

PAPAMUER.- Hola Maloca, ¿hueles el airecillo silvestre que baja de la sierra?

MAMAMUER.- Si crees que te voy a responder, vieja loca... San Asgardo Bendito... Es estupendo, Isveth, porque como te casas a finales de abril, lo más probable es que quedes preñada en mayo, y tendrás un hijo albino de tu soldato-soldito. Quiero tejer un traje blanco para tu hijo blanco. Bendito sea San Asgardo, patrón de las preñadas en mayo, abogado de los fetos albinos, mártir que fue por desgarrar de entrañas con feroces hierros. En su ermita crecen la borbonesa y sus hermanas, y dicen que también ayuda en casos de extravío del misal.

MALOCA.- Llevo horas buscándola. Preguntan por ella.

ISVETH.- Estupendo: así me dejará en paz un rato.

PAPAMUER.- En esta época, con el soplo suave de la valletana, se encarrila por los cañones de la sierra un aroma que llega hasta nosotros. Es delicioso.

MALOCA.- Es tu soldato-soldito el que pregunta por Niñabó. Tú sabrás para qué, me imagino.

ISVETH.- ¿Ha venido el soldadito?

MALOCA.- ¡Cuánto te vamos a echar de menos!... Esta mañana me lo decía Gordopá, cuando nos despertamos y oímos el desayuno que preparabas, un instante antes de que llamasas a la puerta...

ISVETH.- Me tendréis en casa cada hora. Acabaréis por echarme a patadas.

MALOCA.- Por cierto, tenemos que pensar en irte probando el traje. La abuela era algo más alta que tú, y habrá que hacerle arreglos. No es prudente dejar estas cosas para el último momento.

ISVETH.- Habrá tiempo para todo...

SOL-DA-DI-TO.- (**Entrando, como con prisas, besando urgente a todo el mundo, MUER incluidos.**) ¡Hola a todos!

ISVETH.- ¡Soldadito! No te esperaba, qué ale...

SOL-DA-DI-TO.- Niñabó me ha llamado a primera hora, para no sé qué. Estaba en la ducha y no sé qué quiere.

MALOCA.- Alguno de sus desastres, me imagino. Como eres el que la sacas de todos sus líos...

SOL-DA-DI-TO.- Pero no la encuentro, y no puedo esperar más.

ISVETH.- Estaba en la cocina hace poco... Siento que hayas tenido que correr por esa alocada. ¿Tienes mucha prisa? Seguro que no te necesita para nada importante, así que no te retrases.

SOL-DA-DI-TO.- Es la revista, dentro de siete minutos, justos los que necesito para llegar a toda marcha. Ya la veré. Le decís que vine. Esperemos que la cosa no fuera urgente... **(Besa a ISVETH a toda prisa, y levantando la mano en saludo general, se marcha con rapidez.)**

PAPAMUER.- Vieja muerta, ¿te he dicho que me cae muy bien el soldato-soldito de Isveth?

MAMAMUER.- Igual de bien a mí, de Isveth el soldato-soldito.

PAPAMUER.- Maloca se ha buscado un buen yerno.

MAMAMUER.- No ha sido Maloca: esa estúpida no sabe ni hacer la genciana de Isveth, solamente sabe despanzurrar el alambique. Ha sido la propia Isveth la que se ha buscado su apañó, pero tú eres tan estúpido como tu hija y confundes las cosas.

ISVETH.- Ya sabéis que odio veros discutir. ¿No podéis llevaros como personas educadas?

MALOCA.- Siempre se trataron como el perro y el gato, mientras vivieron. No iba a ser ahora diferente. Voy a buscar a esa niña tonta, a ver dónde se ha metido. **(Sale.)**

PAPAMUER.- Por cierto, Isveth, dulce novia: ¿no me has traído nada hoy?...

ISVETH.- ¡Anda!... Perdona, abuelo. **(Saca del bolsillo una pequeña rama, que coloca cuidadosamente en el clavelero.)** Con la conversación, y luego la sorpresa de soldadito...

(Aparece muy silenciosamente NIÑABÓ, que es una jovencita con aire entre estúpido y desvergonzado. Viene completamente envuelta en una sábana, que sólo deja ver su cabeza y sus pies, calzados con pesadas botas militares. Sus gestos serán siempre muy ceremoniosos y rituales, especialmente cuando trabaje con el alambique, pero teniendo mucho cuidado de que la sábana se mantenga constantemente en su sitio.)

NIÑABÓ.- ¿Quieres ya tu genciana, Isveth?

ISVETH.- Por fin apareces. Soldadito ha venido a ver qué te pasaba, o qué querías, pero como te esfumaste... Estás cuando estorbas, pero cuando se te necesita, entonces...

PAPAMUER.- (Con voz solemne, muy ritual, en la actitud de un sacerdote que recita sagradas y misteriosas palabras.)
Silene nocturna, de cinco lóbulos y cinco pétalos, cinco cinco, rosados al haz, amarillos al envés, de suave aroma, duermen por el día, nacen al atardecer, cáliz tomentoso, de dientes largos y estrechos, hojas agudas, tallo erecto de escasa rama, hermafrodita.

NIÑABÓ.- ¿Te preparo tu genciana?

(Se pone a ello, con la eficacia y la belleza de gestos de la larga práctica. Es, al parecer, trabajo complicado, pero no le llevará mucho tiempo, aunque en este trozo de conversación sus respuestas serán un poco lentas, como quien atiende a dos cosas.)

ISVETH.- ¿Para qué le necesitabas?

NIÑABÓ.- ¿Jugamos a los ecos libres?

ISVETH.- Ya veo que no me quieres responder...

NIÑABÓ.- Si jugamos a los ecos vivos, los ecos te lo dirán.

ISVETH.- ¿Y qué haces con esa sábana... y con esas botazas?

NIÑABÓ.- Me he levantado perezosa, y no me he vestido. No iba a andar desnuda por la casa...

ISVETH.- Hace un rato, en la cocina, estabas vestida.

NIÑABÓ.- Cosas mías. Si quieres saber, juega conmigo a los ecos de decir y olvidar, y los ecos lo contarán.

ISVETH.- No sirve ahora. Recuerda que la próxima vez que juguemos a ecos de retorcer el tiempo, me tocará a mí ser la voz. Mejor será que me lo digas tú misma.

NIÑABÓ.- Toma tu genciana. Está en su punto.

ISVETH.- Y has tenido a mamá buscándote por toda la casa... Aunque si andabas con esas botas, es raro que no te hayamos oído.

NIÑABÓ.- Son las botas de volver.

ISVETH.- ¿Estamos ya jugando a ecos?... Todavía no he dicho que estuviera dispuesta a jugar...

NIÑABÓ.- Estamos.

(A partir de este momento todas las palabras de NIÑABÓ son repetidas por un coro, ya sea el que forman PAPAMUER y MAMAMUER, o un coro de colegialas que, si se opta por esta alternativa, surgirán desde las cajas, interpretando, con voces lejanas y destempladas, un eco distorsionador y neutro, al mismo tiempo que coreografían, de forma somnolienta y desganada, el corro de un patio de colegio.)

ISVETH recibe las palabras como golpes, y siente cada sílaba, dardos los sustantivos, lanzas los adjetivos, rayos los verbos, sonidos de fiera garra, de fauces incesantes.

NIÑABÓ, mientras habla, se desnuda de su sábana, y luego, uno a uno, de la compleja serie de harapos que la cubren, informes, sucios, como vendas de larga y oscura trayectoria, hasta quedar finalmente...)

NIÑABÓ.- Me despertó el amor, sin despertarme, en mi lecho,

CORO.- Me despertó el amor, y era el amor, en mi lecho.

NIÑABÓ.- estaba a mi lado, me hablaba con las caricias de sus labios, el azogue de sus dedos inquietos,

CORO.- Me despertó el amor, en mi lecho, con sus dedos de azogue.

NIÑABÓ.- siempre estaba el amor a mi lado, siempre y desde antes y siempre, y era mío y no estaba la tiniebla,

CORO.- El amor, la tiniebla, mi lecho.

NIÑABÓ.- a la espera del descuido más ligero, del sueño más breve.

CORO.- La tiniebla, con su sable de luz apagada.

NIÑABÓ.- No temía yo que al despertar no estuviera la mañana completa, ni temía yo que al despertar faltase el sol o el trino, ni era posible...

CORO.- No era posible.

NIÑABÓ.- ...que el azogue de sus dedos no reflejase la redonda recta de mis curvas de niña, nervio a nervio, sintiendo el amor desde sus labios inquietos, desde sus dedos de azogue.

CORO.- Mis rectas de niña, mis curvas de mujer, el tiempo sin tiniebla, el amor en mi lecho.

NIÑABÓ.- No era posible la tiniebla, con su uniforme de guerra, con su espada de sombra, con su acero de distancia, con su maza de poner en el tiempo la ponzoña del lejos.

CORO.- Sembrar distancias, la tiniebla vestida de irse.

NIÑABÓ.- Cada día en el sueño soñando el amor, y el amor al despertar haciendo día a día un nuevo diseño de mis carnes profundas, desde la cueva del alma hasta el cenit de mi piel.

CORO.- El amor sin tiniebla, el amor de mariposas seguras, de libélulas grabadas en el tiempo con un cincel de piedra

NIÑABÓ.- Para ver un día...

CORO.- Y un mazo de esperanza.

NIÑABÓ.- ...que la tiniebla ha vuelto, que ha nacido a tu lado, que ha crecido en tu alcoba, que ha incubado en el hueco de tu propio pecho, en el mismo pezón en que el amor ponía libélulas eternas.

CORO.- Mariposas de agua, que se borran gota a gota.

(...con un breve camisón de niña, ajado y sudoroso de una mala noche, refugiándose entonces en los brazos de ISVETH, sentadas las dos al fondo de la escena, juntas y sollozantes, mientras el CORO de colegialas se difumina en la nada, se apagan las luces y queda solamente el cirio encendido. A tan escasa luz las dos siluetas silenciosas de los abuelos son el contrapunto de las palabras restantes.)

NIÑABÓ.- Pronto te irás, y ya nunca volveré a encontrarte en mi cama al despertar, ni sentiré la caricia de tus dedos, el olor de tu pelo...

ISVETH.- Eso hubiera acabado cualquier día, aunque yo no me fuese. Bien está despertar así a mi hermanita pequeña, que es aún una niña...

NIÑABÓ.- Ya no, ya nunca, que tus dedos hicieron que dejase de serlo...

ISVETH.- No sabes lo que dices...

NIÑABÓ.- No es posible no saber lo que te estoy diciendo, cuando se hace palabra. No es posible no saberlo si los dedos y los labios te lo explican mañana a mañana, caricia a caricia.

ISVETH.- Has confundido, niña, has confundido...

NIÑABÓ.- Pero vino el soldado con su uniforme de guerra, con sus armas de guerra, con sus ojos de guerra, con sus labios de guerra... Ahora te irás y nunca volveré a despertarme...

ISVETH.- Estaré aquí todos los días, jugaremos al eco de no morir el tiempo, hablaremos con los retratos de los abuelos, harás en el alambique mi genciana destilada... ¿Es que acaso no quieres volver a verme nunca?

NIÑABÓ.- Acaso la tiniebla no me deje volver a querer. Acaso... **(Silencio.)** Me disfracé como mis propios deseos, con los negros harapos de... y la blanca sábana de... Y me calcé las viejas botas de guerra, y la cité en mi tiempo y en mi terreno, para luchar contra ella, contra la tiniebla, contra tu brujo soldado de hielo que te lleva más allá de mis ecos y de mis recuerdos..., pero cuando vino no supe cómo ni dónde clavar una espada que no tengo en esta mano temblorosa...

ISVETH.- **(Con una mezcla de temor y piedad.)** Niñabó..., Niñabó..., Niñabó... **(Acariciando con ternura, pero con distanciada sorpresa, la cabeza de su hermana.)** Mi hermana niña de ayer y de nunca... Mi hermana para siempre desde hoy en la nada...

NIÑABÓ.- No olvides decirle cuando vuelva, que me arregle..., **(Se suelta, se separa, respira hondo, habla desde una nueva y definitiva lejanía.)** que me arregle el despertador de campana. Hace tanto tiempo que no lo uso...

(Silencio. Las dos hermanas miran al frente, ajenas ya a todos los pasados.)

¿Qué flor tiene hoy el retrato del abuelo?

ISVETH.- (Levantándose.) No sé..., no le oí cuando lo dijo...
Una flor de la noche.

(Apaga de un soplo el cirio. Telón.)

ESCENA II: CENTAUREA CYANUS

Cuando se levanta el telón están en escena todos los personajes.

PAPAMUER, con el marco apoyado en el suelo, a un lado, e igualmente retirado para que no estorbe el clavelero, está jugando con GORDOPÁ a un juego de mesa, que tal vez podría ser el ajedrez, pero que no parece serlo a juzgar por las expresiones que de vez en cuando se les escapan a los dos jugadores, lo mismo que a SOLDATO-SOLDITO, que observa muy atentamente el desarrollo de la partida, la cual durará prácticamente toda la escena. Los tres están sentados, PAPAMUER en su sitio, GORDOPÁ frente a él en una silla similar, y SOLDATO-SOLDITO más allá, entre los dos, de frente al proscenio, mirando al tablero. No hay flor alguna en el florero.

MALOCA e ISVETH cosen sentadas en el mueble del fondo, un poco separadas la una de la otra, pero trabajando en la misma tela, que pronto sabremos que es el traje de novia de la abuela. Cuando en una escena posterior ISVETH sea vestida para su ceremonia, comprobaremos que el atavío entero es completamente libre, abstracto, por lo que la pieza que ahora cosen puede ser cualquier cosa, aunque de blanco color. Trabajan un rato, pero no coserán todo el tiempo.

A lo largo de toda la escena, MAMAMUER y NIÑABÓ estarán entregadas a una complicada y reiterativa liturgia: con una extrema lentitud de movimientos, la abuela se levantará de su silla, dejando el marco a un lado, y sorteando cirio y santera, saldrá al centro de la escena, donde mirará desorientada a todos lados, para dirigirse al alambique; llegada allí, desfallecerá y será sostenida por la muchacha, con cuya ayuda volverá a su silla. Un instante después comenzará todo de nuevo, pero ahora hacia los hombres de la partida, y regreso. Más tarde hacia el grupo de la costura, y regreso. Luego, en seguimiento de NIÑABÓ, esté donde esté, hasta que desfallezca y regresen como siempre. Antes de cada vuelta ha de tener tiempo de mirar con gran atención algún elemento, el chisme de alquimia, el tablero, la labor de costura, con asombro de recién nacido. El último gesto de cada rito será siempre que la muchacha recoja del suelo el marco y se lo ponga a su abuela sobre las rodillas. Todo este trajín no interrumpirá la intervención que ambas mujeres tengan en las diferentes conversaciones, ya sean integradas o en aparte, y los otros personajes no se darán por aludidos en ningún momento, como si nada ocurriese, incluso si la vieja cae al suelo alguna vez antes de que la muchacha la ayude a regresar.

El cirio está encendido ya cuando se levante el telón.

MALOCA.- Habrá que pintar de azul, sobre todo teniendo en cuenta tu boda.

ISVETH.- ¿Por qué de azul?

MALOCA.- No lo sé. No creo que lo sepa nadie. He leído en algún sitio que en otras épocas, o lugares, era el blanco, el negro, el mismo amarillo... No sé, supongo que es un modo de simbolizar la pérdida... Esta tela está demasiado gastada. Tal vez no haya sido buena idea, después de todo: la boda de tu abuela fue hace tantos años...

MAMAMUER.- ¡Qué tendrá eso que ver con la tela!... Durará más que tú, y más que tus puntadas torpes, que la maltratan y la rompen. ¡Que se lo ponga tal y como está, no sea que lo dejes hecho un harapo con tus manazas!

PAPAMUER.- Veamos si eres capaz de parar ese centelleo que mi escámide amenaza por el flanco de tu felista.

GORDOPÁ.- Seguro. Me parece que no has visto el refulgo de los dos astoltes de asalto.

PAPAMUER.- ¡Pican áltimos! Los has tenido bien escondidos...

SOL-DA-DI-TO.- Y cuidado con las brilláridas de reserva...

GORDOPÁ.- Muchacho, tú ver y callar.

ISVETH.- No te enfades, abuela, que siempre estás lo mismo. Desde luego, ¡qué tela tan bella!...

MALOCA.- Si no fuese por tu boda podríamos ahorrarnos la pintura de la casa, porque aquí no viene nadie como no sea para ocasiones muy especiales. Pero en estas circunstancias todo el mundo nos visitará, y no está bien que vean las paredes del color de siempre.

MAMAMUER.- Es capaz de ahorrar del aire que respira. Y ya verás como pinta solamente la entrada, el pasillo, y la sala, lo que se ve.

ISVETH.- ¡Abuela!

MAMAMUER.- Si es verdad... Por cierto, niña, la santera está vacía desde esta mañana...

ISVETH.- (Sacando una estampa de su bolso, y acercándose a su abuela -que la pondrá ella misma en la imaginara cuando regrese a su lugar-.) Santa Solinancia de Asdibalia. La de los ojos de fuego. ¿No es eso?

MAMAMUER.- La misma.

ISVETH.- La llevo en el bolso desde ayer, pero con tanto lío de preparativos, últimamente me olvido de todo. Tengo la cabeza atascada de cosas por hacer.

SOL-DA-DI-TO.- Ya le dije que esas brilláridas...

PAPAMUER.- Aún no han encendido sus fuegos.

SOL-DA-DI-TO.- Pero no será posible impedírsele, me parece...

PAPAMUER.- Eres demasiado joven, chico. Este viejo astuto no se va a dejar sorprender por ese truco... Recuerdo una partida en que tenía acorraladas, en pleno fulgor, tres falanstes de reflejo, el adversario las contaba por ganadas, cuando hice un retroceso en espejo justamente por su retaguardia, y le cogí...

GORDOPÁ.- Abuelo, al juego.

MALOCA.- No podemos improvisar más. Este mismo traje te lo tienes que probar, como muy tarde, el jueves. Hay arreglos que solamente se pueden hacer con el traje puesto. Y yo tengo que tener la casa pintada para el sábado.

ISVETH.- Si no va a venir casi nadie... Además, mamá, no la vas a pintar tú, de modo que no te agobies.

MALOCA.- Agobiarme... Hija, ¿cómo es posible que digas eso?...

ISVETH.- ¡Pero si no me voy al fin del mundo! Voy a vivir a dos calles de aquí, a menos de quinientos metros.

MAMAMUER.- Sí, en una calle donde no venden estampas. Es muy posible que Santa Solinancia de Asdibalia sea mi última visita.

ISVETH.- Venden estampas en todas partes. Hay más santos editados que vivos.

MALOCA.- Serán pocos metros según el plano, pero a mí me parecen mares enormes que me separan de mi hija del alma. ¿Cómo voy a cocinar, y a limpiar, y a subir, o bajar?... ¿Cómo voy a cambiar a diario las flores del retrato de tu abuelo, limpiar los marcos, encender el cirio... ¿Cómo voy a saber tratar con la niña, si nunca comprendo lo que me dice y ella tampoco me escucha jamás?

MAMAMUER.- Me imagino que a partir de ahora ya nadie volverá a limpiar el cristal del retrato. Y en cuanto a la imaginera o el cirio, bueno... En fin, alguna vez había de alcanzarnos la catástrofe...

ISVETH.- Te he repetido un millón de veces que estaré muy cerca, pero parece que no te llegan mis palabras. Y por otra parte las cosas que hay que hacer son pocas, y no pasa nada si no se hacen a diario...

MAMAMUER.- Santa Solinancia de Asdibalia, la de los ojos de fuego como dos torrentes de lava, Santa Solinancia de ciegos y videntes. Abogada de adivinos y de solitarios, de profetas y de locos, de los que miran los corazones y las grietas del tiempo.

Santa Solinancia de tiniebla y de luz, que se arrancó los ojos para sólo atender a su lumbre interior y no distraerse con las ascuas apagadas del sol del firmamento.

Santa Solinancia de los que arrancan con su luz el corazón de la sombra, premiada por su valor con dos fuegos incesantes que manan de sus cuencas y abrasan la noche terrible de la muerte.

ISVETH.- ...¿Qué más da si limpias cada día o cada dos días?... Y no me digas que no sabes cómo tratar a la niña, porque me parece...

NIÑABÓ.- Yo limpiaré los retratos, y me ocuparé del cirio y del clavelero. La soledad no ha de volvernos ya más solitarias...

PAPAMUER.- Un esmerite solitario, jugado como si fuese una luzialcatárida, ha sido siempre una de mis estrategias favoritas. ¡Y da resultado!

SOL-DA-DI-TO.- Nunca lo hubiese creído posible.

PAPAMUER.- Y cuento, además de ocho soles por el juego, tres reflejos de los astoltes y doce refulg de escámide.

GORDOPÁ.- Un total de 26 astéreos. Mal me veo...

MALOCA.- Ni siquiera sé hacerte la genciana... ¡Pero qué digo! Ya no será necesario que nadie la prepare, habiéndote marchado tú... Y tu padre...

NIÑABÓ.- Yo haré la genciana en adelante. Y yo la beberé, lentamente, sorbo a sorbo, fría.

ISVETH.- Y la casa puedes dejarla de azul por lo menos hasta que lleguen los primeros fríos.

MALOCA.- El tiempo justo, ni un día más. La casa no puede estar de azul más tiempo del debido. No viene mucha gente nunca, pero si llegasen a verla de azul cuando haya pasado el plazo...

ISVETH.- Te dejas influir demasiado por la gente. Lo que dirán si no la ven de azul cuando es el tiempo, lo que dirán si la ven de azul cuando deje de serlo... ¿Qué importa lo que digan?

MALOCA.- Es la costumbre, una costumbre muy antigua. Y ya sabes la opinión de tu padre...

ISVETH.- A mi padre, ¿qué le puede importar a mi padre?... Nunca le he oído nada al respecto.

MALOCA.- Porque otras veces no se trataba de él, pero ahora...

GORDOPÁ.- Piden fulgor las aspérides.

PAPAMUER.- Rechazo fulgor y siembro sombra.

GORDOPÁ.- Rechazo sombra y siembro arcistas.

PAPAMUER.- ¿Arcistas en retirada? ¿Estás loco?

GORDOPÁ.- Me arriesgo. El que no se arriesga...

PAPAMUER.- Tú sabrás. Remato arcistas y vuelvo con sombra.

GORDOPÁ.- Retiro fulgor, pero las aspérides piden ahora verdesol.

ISVETH.- Bueno, mamá, pues la pintas otra vez de blanco cuando lo creas conveniente, ¿qué problema hay?

MALOCA.- No estando tú, no sabré cómo hacerlo.

ISVETH.- Niñabó te ayudará, ¿verdad?

NIÑABÓ.- Pintaremos la casa de blanco, y las paredes de la casa de blanco, y de blanco las puertas de la casa, y la entrada y los cristales de blanco. Y dejaremos el aire de la casa del oscuro color que ahora la habita. Porque ya no podremos estar aún más solitarias.

MALOCA.- Soy una vieja inútil, que nunca ha sabido hacer nada, ni siquiera preparar la genciana, aunque ya nadie la beba...

(Las dos mujeres dejan la labor, e ISVETH se acerca a su madre y, llena de ternura, la levanta por las manos, la obliga a dar unas vueltas como de baile, la va acercando hacia el alambique, todo ello con el cariño vigilante con que se retira el velo del miedo de la cabeza de un niño sobresaltado en su sueño.)

ISVETH.- Yo te enseño a destilar la genciana, mi niña azul, no me llores. Yo pinto tu casa del azul de este tiempo, la limpio otro día para el blanco que olvida. Vendré tarde a tarde a que tú me la sirvas desde el mismo alambique en mi taza de piedra.

NIÑABÓ.- Limpiaré y lavaré la taza cada noche, para que se estrene cada día su brillo.

(A partir de este momento la conversación se acompasa con los gestos rituales de la preparación de la tisana, realizados con la ampulosidad y lentitud de quien enseña a otro a ejecutar una tarea. Cada pieza y cada paso tienen su punto por parte de ISVETH y su contrapunto por parte de la niña, mientras MALOCA observa temerosa, sin acercarse demasiado al aparato, como recelando.)

ISVETH.- Beberemos juntas y reiremos juntas.

NIÑABÓ.- Pero no jugaremos a ecos ni a sueños.

ISVETH.- Rasparemos el azul de los cristales en forma de letras felices que cuenten historias felices.

NIÑABÓ.- Permitiendo que el fino polvillo caiga en el alféizar para que se vuelva azul la luz de la tarde.

ISVETH.- Y dejaremos que pasen las horas perezosa y suavemente entre los dedos, mientras bebemos nuestra infusión caliente.

NIÑABÓ.- Apretando con fuerza para que las ortigas del tiempo se lleven la piel y depositen su fuego, marcando para siempre nuestras manos y estriando la vida.

ISVETH.- Ahora que estamos a tiempo de aprender, cuando todo tiene sentido.

NIÑABÓ.- Cuando todo lo pierde, ahora que ya sabemos.

ISVETH.- Y tú misma gustarás su sabor

NIÑABÓ.- ¿Amargo...?

ISVETH.- ...y no necesitarás que nadie venga a acompañarte para reposar un momento tranquila, con tu taza caliente entre las manos.

NIÑABÓ.- Vacía.

(La tarea termina en ese instante, e ISVETH ofrece a MALOCA la taza, que no sabe muy bien si aceptarla o rechazarla.)

MALOCA.- No sé si ahora...

ISVETH.- Bebe, madre, ánimo. Es un sabor amargo al que uno se acostumbra.

NIÑABÓ.- Como al vivir.

MALOCA.- No creo que sea el momento de empezar otras costumbres, con la casa pintada de azul, con tu padre...

PAPAMUER.- Estás perdido, muchacho, no creo que tus astroguías logren escapar al cerco de brillocris. Finat.

GORDOPÁ.- Pienso lo mismo. Me retiro. Ha sido una partida interesante, pero la verdad es que poco ortodoxa.

PAPAMUER.- La ortodoxia es la máquina de perder.

ISVETH.- Precisamente ahora es el momento, ahora que ha entrado en la casa un nuevo color. Madre, por favor... Anda, madre, que nos están esperando...

(MALOCA bebe por fin la taza de un solo trago, con muestras de repugnancia. Todos quedan en absoluto silencio. La partida se ha terminado, MAMAMUER está por fin quieta en su lugar, el soldado retira el tablero con cuidado, y las miradas convergen en GORDOPÁ, que finalmente se levanta y -tranquilo, firme- pregunta:)

GORDOPÁ.- ¿Ya?

(Y, cuando todos asienten en silencio, coge su silla, la coloca a continuación de la de PAPAMUER, pone delante su tablero de juegos, se sienta y recibe del soldado un marco con cristal que el joven ha sacado desde detrás del mueble.)

MALOCA.- Tendremos que pintar de azul la casa, sobre todo ahora que con tu boda va a venir todo el mundo a visitarnos.

PAPAMUER.- Últimamente te olvidas de todo, niña, ¿no crees?

ISVETH.- (**Suspirando con cansancio.**) Tienes razón, abuelo, hoy todo se me olvida, son demasiadas las cosas que tengo en la cabeza... (**Saca una flor que pone en el florero.**) Es de un hermoso color, espero que te guste...

(Se apaga toda luz, menos el cirio. Los personajes se difuminan, excepto la inmóvil silueta de ISVETH. En esa penumbra se oye la voz del anciano.)

PAPAMUER.- *Centaurea cyanus*, de capítulos solitarios, flósculos radiantes, vivo azul en el borde, rojo púrpura en el centro, verdes brácteas ovales, hojas basales linear lanceoladas. Se hace con sus pétalos tintura azul.
Centaurea cyanus, para teñir de azul las paredes de este día.

(De un soplo, ISVETH apaga el cirio. Telón.)

ESCENA III: SCABIOSA STELLATA

En escena PAPAMUER, MAMAMUER, GORDOPÁ, cada uno en su silla y con su marco, hablan con ISVETH, que entretiene la espera dando réplicas distraídas y usando como espejos los marcos de los cristales, con coquetería ingenua, para arreglar y desarreglar su cabello. Se estira la falda, se estira las medias, se vuelve a mirar atentamente, pasea, se sienta... Sus muertos la dejan hacer y le siguen la corriente con tierna indulgencia.

El cirio está encendido, en el clavelero se levanta una flor, en el tablero parece haber una delicada posición de las fichas centéleas, que son las de ISVETH, frente a las úmbridas con que juega su padre.

MAMAMUER.- Es muy bonita la estampa de hoy, y muy rara. Nada menos que Santo Tófrido de Manercia...

PAPAMUER.- ¿Raro...? ¿No es el abogado de los...?

MAMAMUER.- ¡No lo digas...! Viejo malhablado...

GORDOPÁ.- Me parece que habrá que darte una oportunidad, porque en caso contrario tienes la partida más oscura... Veamos qué puedes hacer si retiro por el momento esa falanste de catafúlgidos. Rampa a los siete cortes y dominación de brillocrises. Adelante con esa estrategia: tú juegas, muchacha.

PAPAMUER.- No es nada raro ese santo, un santo de toda la vida... Lo que pasa es..., lo que pasa...

MAMAMUER.- Todos los hombres sois unos sinvergüenzas. Santo Tófrido de Manercia es patrón de los viajes de ida, de los senderos que empiezan y de las orillas de este lado. Y a mucha honra.

PAPAMUER.- Sí, y de los...

MAMAMUER.- ¡Que te calles de una vez, caramba!

ISVETH.- No discutáis... Veamos..., parece que... sí, parece que puedo restar esa dominación y socavar la rampa de siete con mis arquefuegos, aprovechando que has retirado, no sé por qué, la falanste... Ese chico debe de estar arrestado, porque si no, no se explica que a estas horas...

PAPAMUER.- Isveth, ¿dónde has encontrado esta viuda?

ISVETH.- ¿Qué?

PAPAMUER.- La viuda, que si es del valle, o la has cogido en la pradera. No sabía que en esta época hubiera...

ISVETH.- No sé de qué me hablas, abuelo.

PAPAMUER.- La flor, mujer, la *scabiosa stellata* que me has traído esta mañana. La llaman viuda.

ISVETH.- ¡Ah, ya! Es de ahí cerca, la he cogido al venir del río... Me está empezando a escamar esta tardanza.

GORDOPÁ.- Pues con un poco de suerte, ni siquiera voy a necesitar los catafúlgidos, porque...

(En ese momento entra SOLDATO-SOLDITO con el completo arnés de campaña, casi sin resuello, después de lo que sin duda ha sido una carrera agotadora, y se deja caer sobre el mueble sin un saludo, recuperando entre boqueadas el aliento perdido. Cada MUER vuelve a su silenciosa y tranquila meditación habitual.)

ISVETH.- (Corriendo hacia él.) ¡Al fin! Me estallaba el amor por dentro en flores de fuego y de nieve, y los senderos de la sangre se me volvían laberintos de cristal.

SOL-DA-DI-TO.- (Jadeando.) La guerra..., la guerra es un negocio solitario. No he podido venir cuando ha sonado el corazón. En ese momento estábamos desempaquetando una retirada con honor.

ISVETH.- Ya nada importa, guerrero de mis pulsos, amor sin ausencias, estás aquí, y estás aquí y estás conmigo.

SOL-DA-DI-TO.- Lleno de sudor, y de polvo, y de fatiga.

ISVETH.- El agrio sudor de tus venas es dulce en mi boca, y la fatiga se deshará entre mis dedos arrastrando como un torrente el polvo gris de la guerra. Sé desvanecer los cansancios, desdibujar la sed, haré que se rinda tu sueño.

SOL-DA-DI-TO.- Estoy tan agotado que no tengo fuerzas ni para quitarme el uniforme.

ISVETH.- ¿Te gusta mi vestido?... Me he peinado como te gusta, y te dejaré que me despeines..., si me lo pides como es debido... Y las medias, ¿no te parecen un milagro? Casi no están, pero están, están... esperándote...

SOL-DA-DI-TO.- A veces me preocupa que un día eches de menos todas estas cosas... Ya sabes que yo no podré costear esos vestidos ni esos... milagros... ¿Te bastará el amor?... El amor de un guerrero es un amor a secas, intenso como el desierto, feroz como el desierto, austero como el aliento del desierto.

(Empieza a desnudarse, pero ISVETH le interrumpe y se pone a hacerlo ella misma. Esta tarea durará toda la conversación, y será más parecida al rito de una degradación que a los gestos amorosos de una mujer desnudando a su hombre. Comenzará por arrancar condecoraciones, galones, insignias, adornos..., destrozando sin piedad las piezas del uniforme.

El uniforme mismo, complicado arnés de batalla, no tiene por qué ser de ningún lugar determinado, o época. Igual sirve la recargada factura de un húsar dieciochesco que la fantástica apariencia de un combatiente sideral. Tampoco ha de ser realista o práctico, de forma que cualquier conjunto, más o menos imaginativo, más o menos barroco, más o menos original, servirá para el caso, siempre que tenga un cierto aire de combate y un suficiente nivel de complejidad como para permitir sobradamente el prolijo proceso de degradación. Puede incluir armas o no incluirlas, aunque un simple cuchillo o bayoneta será muy eficaz para realzar tanto el carácter militar del atavío, como el aspecto humillante del proceso.

Para abandonar cada prenda, o cada trozo, o cada elemento, el director puede optar por diversas soluciones. Una figura de carácter vagamente militar, sin rostro definido, aparece silenciosa y rítmica, distinta cada vez, para llevarse la pieza. O cada cosa se va poniendo en una percha de pie, hasta llenar el escenario con un bosque de palos, enarbolando éste un cuchillo, aquél una bota, el otro un galón, el de más allá una guerrera... O siembra el suelo entero, como regado, de los diferentes despojos, o los prende de cuerdas que van cayendo desde lo alto y que dejan colgando cada cosa a una altura diferente... En caso de preferir las figuras que entran y salen a llevarse las prendas, pueden éstas hacer su trabajo en silencio, o por el contrario marcar sus gestos con estridencias, o chirridos, como mecanismos automáticos. O también hacer el eco, sardónico y despectivo, de las frases que en ese momento se estén diciendo en escena. Por muchas que sean las piezas de equipo que ISVETH le quite a SOLDATO-SOLDITO, éste nunca parecerá desvestido.)

ISVETH.- Necesito el amor, pero no necesito el aire que respiro. Necesito el amor, pero no la sangre de mis venas. Necesito el amor, pero no el alimento, el amor, pero no la vida. El amor es la vida, y el alimento, y el aire que respiro. Es amor lo que circula por mis venas, que son amor y de amor están hechas.

SOL-DA-DI-TO.- Porque un guerrero siempre tiene que estar a punto para saltar desde el lecho al combate, sin transición ni respiro, sin titubeo ni vacilación.

ISVETH.- Y cuando tus pies te llevan a la lucha, me quedo sin poder andar, y no tengo manos cuando tus manos se marchan al cuchillo y al fuego. Y me rodea la tiniebla y mi rostro se queda ciego cuando te llevas tus ojos para mirar fieramente al enemigo, tu enemigo, que mi enemigo es tu ausencia.

MAMAMUER.- Santo Tófrido de Manercia, abogado de los que empiezan, mártir. Patrón de estrellas solitarias, de navegantes sin brújula, muy milagroso en casos de laberintos transparentes, de noches, de redes de luz, de memorias atormentadoras, de ríos sin cauce. Su novena coincide con el tiempo de partir, ayuda a los guerreros a regresar desde la paz, es profeta, besando su estampa se ganan mil recuerdos de indulgencia, nunca abandona a los que confían en que sí que se puede.

No vive en el cielo, sino en la quinta constelación del norte, en lugar de corazón tiene un farol de luciérnagas. No existe.

SOL-DA-DI-TO.- Y no se le paga al guerrero otra cosa que su escudo sustento. Ni en la suerte del vencido ni en la victoria del vencedor tiene el soldado reservado botín, presea o rédito. Esclavo de la intendencia, vive en la austeridad, y ha de ser su hembra gente de poco capricho y de mucha economía... La guerra es un oficio de pobres.

ISVETH.- Podrás dejar a tus dedos que elijan, si prefieren descansar recorriendo mi piel, si prefieren reposar entre los míos, mezclando sus pulsos.

SOL-DA-DI-TO.- Presente en la batalla, oscuro en la paz.

ISVETH.- Pero no me hables de botines e intendencias. Mi amor no sabe contar, solamente sabe esperarte en tu ausencia, disfrutar tu presencia, la silueta con que obligas al espacio a dejarte lugar, la duración con que fuerzas al tiempo a abrirte un hueco en mi memoria.

SOL-DA-DI-TO.- Nunca deja el guerrero de estar en el combate, pues algo de él queda siempre de reserva, en la paz, en el descanso, en el sueño, en el amor...

ISVETH.- Lo sé, lo sé... Cuando tanteo con mi amor por el iluminado interior de tu espíritu, las manos de mi sentimiento con que voy palpando las mil facetas irisadas de tus deseos, las innumerables aristas de los recuerdos que hemos hecho juntos,

de los proyectos que juntos haremos..., allá en el rincón, detrás de un reflejo, oculta por la luz que todo lo inunda, notan la presencia de un tú que no es mío, que no es de nada ni de nadie, que espera, agazapado, al clarín de la muerte. Una semilla de sombra en medio de la luz, un grano de frío en el cálido seno del amor. No es preciso que me lo digas... Sé dónde se encuentra.

PAPAMUER.- *Scabiosa stellata*, de grandes cabezuelas globulares; muy ancho, amarillo, el vaso de los involucelos, más corto que las delgadas aristas de su cáliz. *Scabiosa stellata*, hirsuta, de hojas pinnadas.
Scabiosa stellata, conocida también como «viuda».
Scabiosa stellata, llamada también «el botón del soldado».

SOL-DA-DI-TO.- No es posible llegar hasta la piel del guerrero desnudando, desatando, rasgando... La piel del guerrero está siempre a la vista, es su arma, su correa, su casco, su hierro, y bajo el hierro está el hierro, y bajo el cuero está el cuero... No se puede acariciar la piel del guerrero si no se deslizan los dedos por el cuero, el arma o el hierro...

ISVETH.- Pero el alma del soldado...

SOL-DA-DI-TO.- El alma del soldado es su piel.

ISVETH.- Déjame entonces que hunda mi cabeza en tu alma, que recorra tu alma con mis manos, que deje con mis uñas suaves surcos en tu alma...

SOL-DA-DI-TO.- Siempre abierta a la intemperie.

ISVETH.- Permíteme, pues, que ponga paredes y techos, y haga hogar en el interior de tu alma, y refugio para nuestro amor, y levante en tu alma murallas contra los embates del frío y de la noche.

SOL-DA-DI-TO.- Recorrida por los vientos y los soles, calcinada por el horno del desierto,

ISVETH.- Ayúdame a resguardarme de su tórrido calor, de su incesante empuje, guía mis pasos para que no me pierda en esas tormentas que el viento levanta en las dunas de tu alma.

SOL-DA-DI-TO.- porque la piel del guerrero es la única frontera entre las sombras de la noche y el cálido campamento de la vida.

ISVETH.- ¡Qué orgullosa estoy de que sea mi hombre el que vigila en la sombra para que el hogar esté seguro! Mi hombre, que viene al amor desde tan lejos...

SOL-DA-DI-TO.- Venir al amor... Regresar al amor... Isveth, cuando la batalla es tan lejana, se borra muchas veces el norte, la brújula que nos guía, se cierra el camino de vuelta, se apaga la luz del hogar... Te pierdes entonces entre senderos que parten pero no llegan, mirando desde esta orilla la inmensidad de un océano que no tiene límite, que no puede ser atravesado... Eres viajero de ida sin vuelta, estrella que no se enciende en el firmamento, y la soledad es el único roce que acaricia tu piel de hierro y de alma.

ISVETH.- Aprieto los dedos con toda la fuerza de que soy capaz, te envuelvo con la red de mi amor sin que quede resquicio, pero sudas agrias gotas de lejanía, resbalas mínimo por entre la malla, y te escapas, te escapas... Eres de ausencia, tu sombra es cada vez más poderosa, mis labios no te mojan, mis manos no te rozan, mis cabellos no te atan, mis ojos no te penetran...

SOL-DA-DI-TO.- Nunca deja de sonar el clarín, nunca cesa de latir el combate. Un guerrero no puede escuchar otro son ni sentir otro ritmo.

ISVETH.- Mi amor no conoce tu nombre.

SOL-DA-DI-TO.- Un soldado no tiene nombre.

ISVETH.- Mi memoria no recuerda tu rostro.

SOL-DA-DI-TO.- Un soldado no tiene rostro.

ISVETH.- Mis sentidos no sienten tu presencia.

SOL-DA-DI-TO.- La presencia de un soldado es furtiva, la huella de su paso es tan leve que no se distingue de la muerte.

ISVETH.- Mi alma no intuye tu alma y se siente perdida.

(El fatigoso e inútil proceso de degradación o desnudamiento cesa. Los dos personajes quedan frente a frente, como si se vieran por primera vez, el soldado aún lo bastante vestido como para que su atavío siga pareciendo un arnés de combate. Transición.)

ISVETH.- Siempre nos pasa igual, nos descuidamos del tiempo, como si el tiempo no existiera. Ahora tendrás que ir corriendo para llegar a la revista.

SOL-DA-DI-TO.- No importa. Merece la pena correr un poco si el amor lo justifica... No sé si podría resistir la vida que llevo si no estuvieras esperándome cuando regreso...

ISVETH.- Nunca dejaré de esperarte. Mis ojos te esperan, mis labios te esperan, mis manos te esperan, mi alma te espera. Y cuando al fin llegas, me estalla el amor por dentro en flores de fuego y de nieve, y los senderos de la sangre se me vuelven laberintos de cristal.

SOL-DA-DI-TO.- La guerra es a veces un negocio solitario, y no siempre se puede venir cuando suena el corazón.

ISVETH.- Marcha ya, amado mío, arráncate de mí, que no deseo que la tardanza te maltrate. Tendremos muchos días para el amor, todos los días, y estaré aquí mismo manteniendo atadas las huellas de tu visita hasta que vuelvas, y de nuevo pueda dejarlas en libertad, segura al tenerte entre mis brazos.

(Un último abrazo y una rápida salida. ISVETH pasea -ya por el escenario vacío o por entre un bosque de palos, o pisando las piezas sueltas del equipo- ensimismada. Prepara su genciana en silencio y lentamente y, mientras la toma, encerrada la taza entre sus manos, se vuelve hacia los personajes de las sillas.)

Pronto acabará, ya pronto, y podremos estar unidos para siempre. Aunque ahora el tiempo se hace eterno, sin medida, un túnel de oscuridad que amenaza con romper toda esperanza, acabará, se perderá en la nada para siempre.

PAPAMUER.- Sin duda...

MAMAMUER.- Seguramente.

GORDOPÁ.- Desde luego...

(Cesa toda luz, excepto el cirio. Sólo las siluetas de los cuatro.)

ISVETH.- El amor es más largo que la vida, más íntimo que el alma, más poderoso que la muerte.

GORDOPÁ.- Nada más cierto...

MAMAMUER.- Siempre he pensado lo mismo.

PAPAMUER.- Y saberlo es tan consolador.

ISVETH.- Más brillante, más hermoso, más fuerte que la luz...

(Apaga suavemente el cirio. Telón.)

ESCENA IV: BELLARDIA TRIXAGO

Unos soportes verticales para los brazos mantienen a ISVETH descansada mientras, con una simple enagua o fina ropilla interior, espera ser vestida, prenda a prenda, con el traje de su boda, traje que ya fuera estrenado en la ceremonia de boda de su abuela.

Todos los restantes personajes van a colaborar en este trabajo, colocando las prendas de tela o de adorno, pasándolas de mano en mano, poniéndolas en la propia ISVETH, contribuyendo con una mirada entendida, procurando recordarlo todo... Todos los personajes, incluso los tres de las sillas que, abandonando sus lugares, pasan a escena y actúan con todo desparpajo y atrevimiento.

El traje mismo no tiene por qué ser de la factura tradicional, sino que, guardando un cierto parentesco con la barroca vestimenta militar de la escena anterior, permita también un complejo ritual, si antes de despojamiento, ahora de vestidura, por lo que será bueno dejar a la imaginación una superposición de capas, telas, adornos y elementos diversos, aunque procurando no alejarse del blanco o del dorado para los complementos.

Toda la escena deberá tener, más aún que las anteriores, el estilo solemne de un ceremonial, aun admitiendo de tanto en tanto ciertos descensos de nivel en el tono.

El cirio está encendido.

MALOCA.- Siempre quise que mi niña fuera el día de su boda la más hermosa novia del mundo, y me parece que lo voy a conseguir. Hija de mi vida, ¡qué hermosa vas a estar!

MAMAMUER.- Me halaga que mi traje sirva para esta ocasión. Isveth ha sido siempre mi nieta favorita, y espero que tú, niña, no te pongas celosa...

NIÑABÓ.- No te preocupes, abuela, que todos sabemos quién es la preferida... No me importa, siempre he sabido que Isveth era más bella.

GORDOPÁ.- No sé para qué sirven estas gasas... ¿Ya se ponen ahora?

MALOCA.- Deja, deja, hombre... No son todavía... Vosotros es preferible que no intervengáis demasiado...

PAPAMUER.- Ven, ven que veas mi flor amarilla de hoy. Deja que las mujeres se ocupen del traje, porque si las ponemos nerviosas nos echarán de aquí. Y tú, chico, acércate también: es un ejemplar muy hermoso.

SOL-DA-DI-TO.- Prefiero seguir aquí, abuelo, si no le importa.

PAPAMUER.- Ya tendrás ocasión de verla vestida con ese traje tan complicado, y de verla sin él... Que no te arriando la ganancia, porque el dichoso trajecito es lento de...

MAMAMUER.- ¡Tú ya no recuerdas nada! ¡Mejor será que te dediques a tu flor y nos dejes tranquilas!

MALOCA.- Ahora el pasador de la sobre-enagua... eso es... así...

GORDOPÁ.- ¿Qué especie es?

SOL-DA-DI-TO.- Me parece que se ha caído un broche...

NIÑABÓ.- Ha rodado bajo el alambique. Pero no se necesita todavía. Hasta que no llegue el velo de espalda, no habrá que usarlo.

PAPAMUER.- *Bellardia trixago*, una belleza rosado amarilla que Isveth me trajo a primera hora de la mañana.

MAMAMUER.- Ni siquiera hoy se ha olvidado de nosotros, aunque era un día importante para ella. También a mí me trajo mi estampa: San Rinardo Dolmenita, patrón de errantes y vagatierras, abogado de las gentes sin raíz.

MALOCA.- Merece estar hermosa como el sol de la mañana.

PAPAMUER.- Merece ser hermosa como la luz de todos los soles.

MAMAMUER.- Siempre olvidada de sí misma, siempre atenta a cada uno de nosotros, a nuestro contento y nuestro bien.

MALOCA.- Todo el amor con que la paguemos es poco. Hija llena de afecto, hermana comprensiva, novia enamorada, nieta cariñosa...

NIÑABÓ.- Ahora la veste de hombros con el lazo ancho.

MAMAMUER.- Y su vuelo desplegado por detrás en abanico.

GORDOPÁ.- ¡Hasta me ofreció jugar una partida, si yo quería! Fijaos si estará atenta a todo...

SOL-DA-DI-TO.- Y bella y radiante y llena de brillo.

MALOCA.- Ha sido siempre el refugio de todos nosotros, la consoladora de todas las penas.

GORDOPÁ.- El paño que borraba todos los temores, la fuente donde bebíamos la paz y el descanso.

NIÑABÓ.- Nada era terrible cuando con sus palabras conjuraba pánicos, que se volvían transparentes bajo sus ojos.

MAMAMUER.- Es hermoso poder ahora devolver una parte del cariño derramado por su corazón en esta casa.

MALOCA.- Un cariño que a todos nos ha hecho más fácil y llevadera la vida.

PAPAMUER.- Día tras día, nunca mi florero sin su flor, blancas, rojas, azules, amarillas, de todos los colores del arco, de toda la paleta de la naturaleza.

MAMAMUER.- Y ni un día sin la estampa con que llenar mi santera, ni un día sin poder dirigir la plegaria a un nombre y a un rostro.

MALOCA.- Los volantes de la falda, las hombreras de sujeción.

SOL-DA-DI-TO.- Estos aros...

NIÑABÓ.- Las arracadas después, que luego no entra por el cuello y podemos herirle la oreja.

MAMAMUER.- San Rinardo Dolmenita, andariego, caminante, errabundo, viajero abogado de caminos, de senderos, de puertos, de fronteras, patrón de las gentes que no tienen quietud, que no saben reposo, que no conocen calma, que no duermen nunca la misma noche. Su imagen se venera en todas las ermitas, su fiesta acaba al atardecer, para no detener la marcha, es triduo y septenario y novena y dodefragia, pero se recita de camino, mientras anda el sendero, oración para seguir el ritmo de los pasos, hecha de palabras que se pierden en el tiempo.

MALOCA.- Y vamos con el enfaldo y el guardapié, que van antes de la campana.

MAMAMUER.- Deberíamos guardar un orden...

MALOCA.- Pues primero la haldeta, que quede centrada.

PAPAMUER.- La tenéis sin descanso, ¿es que no pensáis acabar?

MAMAMUER.- No se puede ir más aprisa, el traje es así.

GORDOPÁ.- Pues parad un momento, que va a desfallecer...

MALOCA.- Si paramos ahora se descompone todo lo hecho.

SOL-DA-DI-TO.- Quizá si le vamos preparando su genciana...

NIÑABÓ.- Esa sí es buena idea. Yo puedo ayudarte.

(SOLDATO-SOLDITO **ha tenido la idea**, PAPAMUER **proporciona la planta**, NIÑABÓ **maneja el alambique**, MALOCA **le pasará la taza**, y GORDOPÁ y MAMAMUER **asentirán firmemente.**)

GORDOPÁ.- Al menos que se reconforte un momento.

PAPAMUER.- Todo es poco para ella. Daos prisa con el alambique.

MAMAMUER.- ¿Se verán las puntas de este lazo bajo los pliegues de la gonela?

MALOCA.- En todo caso no hace feo: son puntillas que van a juego con la mantilla de gallaruz.

MAMAMUER.- Pues entonces así quedan, aunque también podemos levantar la cintura.

MALOCA.- Y debemos ya pensar en los zapatos de hebilla.

GORDOPÁ.- ¿Cómo va la genciana?

NIÑABÓ.- No tardaremos.

PAPAMUER.- Radiante, radiante: no se me ocurre otro adjetivo.

MALOCA.- Es nuestro amor, que la viste más aprisa que nuestras manos.

GORDOPÁ.- La belleza se la da su propia luz interior.

MAMAMUER.- Me dan miedo estas suelas, tan brillantes. Y la puntera de metal es todavía más peligrosa.

MALOCA.- Todo es alfombra, no pisará ni una sola baldosa.

MAMAMUER.- Pero un resbalón...

MALOCA.- No hay peligro.

SOL-DA-DI-TO.- Se puede lijar un poco la pieza...

PAPAMUER.- *Bellardia trixago*, de grandes flores rosadas con mezcla de amarillo, en densas espigas, cáliz dilatado. Corola con labio corto en forma de casco, hojas glandulosas, linear lanceoladas, dientes separados. Erecta, anual, no ramificada. Parásita.

MAMAMUER.- ¡Las manos!

MALOCA.- ¿Qué pasa con las manos?

MAMAMUER.- Como las tiene en los soportes nos hemos olvidado de las manos. ¿Dónde están las sortijas?

SOL-DA-DI-TO.- Ya me parecía que...

MAMAMUER.- Una en cada dedo, menos el pulgar. Son ocho piedras diferentes. No te equivoques, recuerda que van en gradación...

MALOCA.- Descuida.

NIÑABÓ.- La genciana.

GORDOPÁ.- ¡Al fin! La pobrecita ya desfallecía...

MAMAMUER.- Cuidado con la taza, que está demasiado llena. Y no sé si demasiado caliente...

NIÑABÓ.- Está en su punto.

(A partir de este instante cambiará totalmente el comportamiento de todos los personajes, excepto ISVETH, que sigue permaneciendo impasible.

Todo el cuidado que han puesto hasta ahora se transforma en descuido. La genciana se la derraman sobre el traje; cuando acuden a remediarlo extienden la mancha más de lo que estaba; al hacerlo nerviosamente desgarran las telas; sus manos resulta de repente que están sucias y negras; los accidentes se suceden a rápido ritmo, de modo que cuando dentro de un momento la conversación se termine, el aspecto de la novia será terrible, como de quien acaba de sufrir el derrumbamiento del techo, la caída de la casa, o el trabajo orfebre y minucioso del tiempo.

Pero nadie parece reparar en estos desastres, y el resto de sus frases siguen el mismo sentido alegre y festivo de las anteriores.

Sea como sea, es importante que ISVETH, a pesar de todo, beba una buena porción de la tisana.)

GORDOPÁ.- La gente hablará largo tiempo de la belleza de Isveth.

SOL-DA-DI-TO.- Va a ser la novia más hermosa desde hace muchos años.

MALOCA.- Estamos acabando, hija mía, ya casi terminamos.

PAPAMUER.- Tiene que estar la pobre hartita de tanta pieza...

MAMAMUER.- Y que pesan entre todas lo suyo, que solamente los adornos...

SOL-DA-DI-TO.- Es tan hermosa que da como escalofrío, y misterio...

PAPAMUER.- Respeto. La belleza en su sazón lo que da es respeto, a mí, al menos, y a los hombres de honor.

MALOCA.- Lástima que sea traje solamente para un día...

PAPAMUER.- Lo efímero tiene en su brevedad la razón de su importancia. Si Isveth vistiese de este modo cada mañana y cada tarde, no encontraríamos tan asombrosa su hermosura.

MAMAMUER.- Mi nieta no es efi... esa cosa. Seguirá siendo bonita con el traje o sin el traje.

MALOCA.- Desde luego que sí, madre, pero es lástima que todo ese trabajo y tanta riqueza de telas y adornos se luzcan solamente un día.

MAMAMUER.- El día de la boda no es un día, sino un recuerdo fijo, y todo el adorno se hace para la memoria.

PAPAMUER.- En efecto, es una ocasión por la que no pasa el tiempo.

MALOCA.- Al verla así de bella me arrepiento de no haber querido llevar este traje en mi propia boda.

MAMAMUER.- No sería por falta de insistencia mía...

PAPAMUER.- Cada novia es bella a su estilo, no hay por qué entrar en comparaciones.

MALOCA.- Pues mi hija lo es como ninguna.

GORDOPÁ.- Y falta aún lo más importante.

MALOCA.- El gesto.

GORDOPÁ.- Eso mismo. Falta que se mueva, porque con su elegancia al andar, la estampa será todavía más solemne e imponente.

MAMAMUER.- Hemos terminado.

NIÑABÓ.- (Saliendo.) Voy por los guantes de gamuza para no rozar la tela al recogerle la cola.

SOL-DA-DI-TO.- (Saliendo.) Se nos olvida el ramo...

MALOCA.- (Saliendo.) Y la diadema...

(PAPAMUER, MAMAMUER y GORDOPÁ vuelven cada uno a su sitio, se sientan, cogen sus marcos y adoptan la silenciosa e impasible actitud de otras veces.

ISVETH queda sola en el centro de la escena, desgarrada, sucia, polvorienta, estremecida, con la taza vacía de genciana en la mano.

Mientras las luces van cesando lentamente se acerca titubeante, como enferma y desfallecida, al cirio. Intenta apagarlo con la mano, pero su estado empeora con rapidez y se va deslizando hasta el suelo sin sentido.

El cirio alarga las sombras de las figuras sentadas, y deja el cuerpo de ISVETH en una penumbra piadosa. Telón.)

ESCENA V: VERATRUM ALBUM

ISVETH, con su desgarrado y sucio traje de novia, descansa, muerta, sobre el mueble del fondo. Parte de las telas caen sobre la negra banda que ahora da a ese mueble más aspecto de túmulo que nunca.

En cuanto a los otros personajes, cabe dedicarlos a diferentes actitudes, según la decisión que se haya tomado en otras escenas. Si han intervenido ya los dos coros de figurantes, ahora pueden ir entrando de uno en uno, como amigos que visitan el duelo; cada uno llevará una silla y un cirio encendido, que los personajes de escena irán cogiendo, al tiempo que ofrecen a esta gente retazos del vestido de novia, como reliquias; los visitantes se sentarán lejos los unos de los otros, sin formar corrillos, adoptando actitudes de duelo, y siendo atendidos, breve y circunstancialmente, por los personajes, después de colocar cada cirio alrededor del túmulo, o sobre él y

alrededor de ISVETH. Todo mientras recitan sus frases, de modo que la conversación no se interrumpa, procurando al mismo tiempo que la estancia de cada visita sea corta, de modo que no permanezcan, al final de la escena, nada más que los personajes en ella.

O bien, si los personajes están solos en la escena, pueden interpretar -con sus gestos, ya que las palabras van a ir de todas formas en ese sentido- una especie de planto rítmico, muy muy artificial, de índole casi mecánica, usando remedos de los gestos gimnásticos con que los atletas se preparan. Incluso será conveniente que resulten tan automáticos como para derribar alguna de las sillas de los MUER, o el alambique, o la santera, etc.

El clavelero está en el centro, muy adelantado en el proscenio, cerca de los espectadores, con una flor visible en él. El cirio está encendido.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de aire, nunca comprendió que el guerrero no puede abandonar su tarea, que la piel del guerrero se pudre en el hogar.

MALOCA.- Nunca quiso darse cuenta de la soledad en la que nos abandonaba.

GORDOPÁ.- El amor la empujaba como lleva la tormenta la barca en su rugido, y no la dejaba ver nada más, comprender nuestra desolación por su ausencia. ¿Qué hubiera sido de nosotros cuando, tras su boda, quedásemos solos?

MALOCA.- Huérfanos de su asistencia y de su bondad.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de cristal, nunca comprendió que el soldado no tiene casa, ni hembra, ni descanso, ni noche, ni paz.

MALOCA.- Nunca miró realmente a través de su amor, para vernos.

NIÑABÓ.- Su amor era el refugio en donde se ocultaba de nosotros y burlaba nuestras súplicas.

PAPAMUER.- Con sus flores me ataba y con sus flores me tapaba los ojos y con sus flores me ponía en el corazón un amor de repuesto, y se iba a otro amor más urgente y lejano.

MAMAMUER.- Y he tenido yo misma que poner una estampa en la santera... No he sabido cuál, me daba lo mismo... No sé qué santo es este santo, de nombre desconocido, de rostro confuso, abogado y patrón de ausentes.

GORDOPÁ.- Pensaba dejar a medias la partida, cortado por el tiempo en dos mi tablero, diluido en su ausencia...

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de luz, nunca pude explicarle que el hogar del guerrero es la sombra.

PAPAMUER.- Y esta flor yo mismo he tenido que cogerla, la flor más extraña y oscura, y blanca, y negra, y negra, y blanca.

MALOCA.- No quería escuchar mi desamparo, darse cuenta de que no puedo, no sé, no quiero, hacerme cargo, sin ella...

NIÑABÓ.- Sin ella... Sin ella... Yo tampoco sé, ni quiero, ni puedo...

GORDOPÁ.- Apagaba la luz de nuestras vidas.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de agua, nunca logré que entendiera que el aliento de un guerrero es seco.

NIÑABÓ.- El sueño era la vigilia, la vigilia era el sueño, sin ella. El día era la noche, la noche era el día, la alegría era nunca, sin ella...

MALOCA.- Ni levantarme, ni acostarme, ni ir, ni venir, ni subir, ni bajar, ni razonar, ni medir... Ni siquiera hacer su tisana. Nada sabía yo, ni podía, sin ella.

GORDOPÁ.- Sin ella... No sabía que, al irse, nos dejaba sin ella y sin ella no somos, se empaña el cristal de nuestros retratos.

MAMAMUER.- Su ausencia encendía una mancha de sombra en la sombra.

PAPAMUER.- Y apagaba los cirios.

MALOCA.- Quería dejarnos sin mano, sin voz, sin alegría.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de sol, nunca conseguí que comprendiese que el día de un guerrero es la noche.

MAMAMUER.- San Nadie, San Nunca, abogado de ausentes, patrón de nonatos. Sus reliquias desmienten abortos, deshacen pasados.

En su fiesta se desmantelan feriados, se recogen guirnaldas, se come de ayuno, se baila sin música, se deshace el amor, se canta en silencio.

El mes de San Nadie es el trece, su día el octavo. La oración a San Nunca es rosario de lamentos, letanía de súplicas que no piden nada para nadie.

Si peregrinas a su ermita en la cumbre de monte ninguno, recuerda que San Nunca es de agua y de nube y de viento.

PAPAMUER.- Cuando el soldado habló de hacerle su genciana, tuve yo mismo que recoger la planta.

NIÑABÓ.- Yo misma tuve que destilarla en el alambique.

MALOCA.- Yo misma tuve que acercarle la taza.

GORDOPÁ.- Un momento temí que no la quisiera...

MAMAMUER.- Un instante pensé que no se la bebía...

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de lluvia en calma, nunca logré que aprendiera que el meteoro de un guerrero es la tormenta.

MALOCA.- Pero mi mano era firme.

PAPAMUER.- Y su gesto, por fin, se había rendido...

GORDOPÁ.- Ya más allá de nuestros mismos deseos...

MAMAMUER.- Más allá de su propio cansancio...

PAPAMUER.- Derrotada por el peso incesante de nuestro amor, que la reclamaba sin pausa.

MALOCA.- Y sin pausa la retenía.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de mar, que no sabe que el océano de un guerrero es el desierto.

NIÑABÓ.- No me tembló el pulso al destilar su bebida.

MALOCA.- No me tembló la mano al acercarle la taza, derramando sobre su traje parte del contenido, manchando con su muerte el disfraz de su muerte.

MAMAMUER.- Atentos mientras bebía al último sorbo.

GORDOPÁ.- Todos sus sorbos fueron entonces el último.

PAPAMUER.- Y mi mano fue firme al arrancar la flor.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de fuego, al que no es posible enseñar que es de hielo el corazón del guerrero.

PAPAMUER.- *Veratrum album*, con anchas hojas de fuertes nervios, racimos ramificados, alargados, terminales, flores blancas y amarillas y amarillas y blancas.

Blanco perianto, con tépalos oblongos, patentes en estrella, verdes brácteas pubescentes, hojas ovales. Robusta, permanente. Fácil de confundir con la genciana.ë.

Veratrum album.

Extremadamente venenosa.

MALOCA.- Pero no podíamos consentir la soledad.

MAMAMUER.- Ni tolerar la tristeza.

NIÑABÓ.- Ni permitir el desamor.

PAPAMUER.- Ni resistir la sombra.

GORDOPÁ.- Ni soportar la ausencia.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de piedra, nunca pude hacerle ver la desmembrada arena en que consiste el camino del guerrero.

MALOCA.- Ahora duerme mi niña, tranquila para siempre.

GORDOPÁ.- Para siempre con nosotros.

NIÑABÓ.- Sin que amenace desvío, ni augure desamor, ni profetice tristeza.

MAMAMUER.- Duerme en su lecho, reposa entre nosotros.

PAPAMUER.- Tengamos cuidado, procuremos sigilo.

MALOCA.- No debemos despertarla, hablemos en susurros.

GORDOPÁ.- Que descanse sin ruido.

NIÑABÓ.- Tan bella en su traje de fiesta y ceremonia, tan elegante y blanca, tan radiante e inmóvil.

MALOCA.- Tan nuestra.

SOL-DA-DI-TO.- Era como un pájaro de música, nunca logré que entendiese que la paz del guerrero es el silencio.

(Ningún visitante deberá seguir en la escena. Mientras las luces menguan lentamente, todos los personajes se esfuman, excepto el cuerpo de ISVETH, y PAPAMUER, que permanece mirando la flor a la única luz del cirio. Silencio. PAPAMUER coge el cirio y las flores, y diciendo:)

PAPAMUER.- El ramo..., olvidamos el ramo para ISVETH...

(Se acerca titubeante al túmulo, con esa única luz en toda la escena, mientras cae suavemente el telón.)